

APUNTES SOBRE LOS PROBLEMAS ACTUALES DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL APLICADA ·

0. Presentación

En este trabajo vamos a recorrer algunas discusiones que rodean, no siempre explícitamente, las prácticas concretas en las que ejercemos la investigación social en tanto que servicio prestado, a no importa quién, pero para contribuir al conocimiento sobre un tema o problema que debe resolver el usuario –no siempre el pagador—de los resultados de esa investigación.

Dado el ámbito de exposición y publicación en que nos encontramos voy a tratar de sostener el foco en un punto intermedio entre lo que habitualmente se considera “teoría” y lo que habitualmente se considera “práctica” o, para ser más preciso, voy a exponer desde lo que podríamos denominar “experiencia de investigación”.

En primer lugar, voy a tratar de despejar, desde mi punto de vista, algunas confusiones acerca de la vida de la investigación considerada “académica” y de la considerada “aplicada”. Luego, voy a tratar de describir algunas de las particularidades y problemas en los que se desenvuelve actualmente la investigación “aplicada” y, por último, propondré algunas vías de reflexión y acción para enfocar esos problemas.

· Este trabajo tiene origen en una conferencia del ciclo “Comunicación y alimentación: problemas de diseño e investigación”, dictadas en el CeAgro, Facultad de Ciencias Agrarias, UNLZ en noviembre de 1998. Se ha mantenido el mismo contenido pero se corrigieron los excesos de la oralidad, y se le agregaron títulos, notas al pie y bibliografía.

1. Parecidos y diferencias en las *prácticas de investigación aplicada y académica*¹

Me voy a situar aquí, no en el campo de la *verdad* de la investigación social (relaciones entre teorías y metodologías y relaciones de ambos con los problemas estudiados) sino en el de los *verosímiles* que, como en cualquier otra profesión u oficio, ordenan su práctica.

A pesar de que, al menos desde Aristóteles, los investigadores sociales conocemos la importancia del *verosímil* —aquello que ocupa el lugar de la *verdad*— en la vida social, no nos gusta vernos incluidos en *verosímiles* dado que vivimos de enunciar *verdades*. La más relativista de nuestras proposiciones (en el extremo, una equivalente a *nada funciona ya, en esta sociedad y en esta época, como verdad general*) se carga con la fuerza de lo asertivo. Si no lo hiciéramos así, no podríamos practicar *el juego de lenguaje* llamado “científico”.

Puede decirse que en esa obligación nos alivian, por un lado, ciertos rasgos del estilo de época descriptos insistentemente —como los que indican la puesta en cuestión de todo paradigma generalizante— y, por el otro, las dificultades que han enfrentado aquellos que han intentado la vinculación del concepto de *verdad* con alguna proposición generalizable; así lo muestra Alicia Páez cuando, discutiendo los intentos de Austin de vincular la *verdad* con posiciones pragmáticas —de uso— del lenguaje, concluye que “para hacer lugar a la verdad” es necesario que “un cierto acto de lenguaje deba negarse como tal, que el sujeto *deba retroceder y desaparecer en su hacer*” (Páez: 1980); a partir de allí, la condición de *verdad* sólo puede sostenerse como correspondiente a cierta posición enunciativa y no como afirmación acerca de un referente objetivo en el mundo.

Pero el alivio, ya sea que provenga no conscientemente del estilo de época, o esté fundado en profundas y atinadas reflexiones teóricas, no puede hacernos desbarrancar en un relativismo infinito e irresponsable. Recordemos que Metz (refiriéndose al cine pero con observaciones aplicables a cualquier área de la vida social) consideraba al *verosímil* como la censura propiamente “ideológica”, aquella que, por pasar inadvertida, ejerce su acción impidiendo la generación de, por ejemplo, nuevos temas discursivos (Metz: 1968).

Ahora bien, entendido así, el *verosímil* actúa como una especie de cárcel invisible de la que no se puede determinar siquiera su perímetro. Sin embargo, según el mismo autor, el

verosímil se quiebra, se transforma (notemos que el texto citado es de la década del '60 cuando múltiples convenciones del lenguaje cinematográfico fueron puestas en cuestión). La condición para un cuestionamiento exitoso del verosímil es el todavía misterioso proceso de *aceptación social*, generado en, o generador de, como describe sutilmente Metz, un nuevo *efecto de verdad* que pasará a alimentar el verosímil.

Más allá de lo apasionante del tema, lo que quiero destacar aquí, es el efecto de *trama discursiva* que exige el verosímil para ser abordado. Los desgarrones producidos en su red por la actividad disruptiva de un artista o por las humildes observaciones (por otra parte, de origen grupal) que pueden encontrarse en un trabajo "técnico" como el presente, sólo pueden sostenerse y aprovecharse en el "entrejuego de colegas" que aquí se propone y se busca.

Teniendo en cuenta lo anterior, la investigación *académica* y la *aplicada* pueden ser consideradas como pertenecientes a dos mundos que se tocan sólo por casualidad. Sin embargo cuando alguien, como quien escribe, tiene la suerte (o solamente la condición) de convivir con ambos ámbitos, se descubren ciertas características curiosas.

En primer lugar, la investigación académica y la aplicada no difieren en teorías. Es decir, toda teoría que esté presente en la Universidad se aplica en su exterior e, inversamente, toda teoría que afuera sea exitosa en algún momento entra en la Universidad. Puede haber ciertos desplazamientos temporales pero no es lo que define la diferencia.

Tampoco difieren en las metodologías y técnicas en sí. Una investigación *cualitativa* o *cuantitativa* adentro o afuera de la Universidad se hace con las mismas metodologías y procedimientos. No ha dejado de sorprenderme la utilización en el campo "comercial" (sólo una de las posibilidades dentro del campo "aplicado") de teorías de autores como Lacan o Foucault, vinculados en esos casos a los más "pedestres" temas de investigación.

Y más aun, tampoco difieren los investigadores. Por supuesto que hay investigadores fuera de la Universidad que no están, además, adentro y que hay investigadores en la Universidad que no están fuera de ella, pero son muchos los que están en los dos lados. Es posible encontrarse con ellos, tanto concursando como compitiendo, en el campo académico como en el campo aplicado. Aunque no se hable de ello dentro de la Universidad en general lo importante a retener aquí es que en los niveles estratégicos de

constitución del campo (teorías, metodologías y recursos humanos) la diferencia es sólo de matiz o de secuencia de inserción.

Las diferencias entre la investigación académica y aplicada pasan, a mi entender, por los siguientes ítems:

- **Temas:** los temas de investigación académica son, en general, *internos* en tanto que *disciplinarios*. Es decir, quien enseña semiótica, estudia fenómenos discursivos; quien enseña demografía estudia fenómenos demográficos; etc. Por lo tanto, en la investigación académica, primero está la circunscripción institucional y, luego, la circunscripción del objeto. En cambio, en la investigación aplicada los problemas a investigar son, en principio, *externos* al investigador: dado un sector o una institución social que decide emprender una investigación sobre un objeto que genera preocupación, se convoca investigadores, teniendo en cuenta su experiencia previa, la que se considera suficiente aunque no esté fundamentada en experiencias directas sobre ese objeto. La vida social regula la selección de temas.
- **Metodologías específicas a aplicar:** en la investigación académica las metodologías son presupuestas; es decir, dado que se nos reconoce como “especialistas en una disciplina”, desde el diseño del proyecto hasta su aceptación estarán influidos por esa restricción. En la investigación aplicada las metodologías son ad-hoc: dado que existen, previamente, problemas a investigar se convoca a los investigadores para que propongan cómo se investiga.
- **Costos:** los costos de una investigación dentro del mundo académico se establecen luego del diseño del posproyecto. Primero se determina qué es lo que se va a investigar, por qué procedimientos, con qué equipo y luego se establecen los requerimientos presupuestarios². En el mundo de lo aplicado el universo de los costos está en el preproyecto; es decir, se cuenta con un monto determinado a utilizar en la investigación, y a partir de allí, se investiga, tal vez con ligeros ajustes, “lo que se puede”.
- **Tiempos de investigación:** los tiempos en investigación académica responden a los tiempos de la vida académica, por ello, hay proyectos trienales, bianuales, anuales, etc. En el mundo de lo aplicado los tiempos deben adecuarse a los tiempos de resolución de

los problemas. Si se debe contar con los datos para tomar una decisión en un plazo de 3 meses, a ese plazo deberán adecuarse los tiempos de ejecución del proyecto. En cuanto a la **continuidad** de la relación entre investigadores e institución contratante más allá de la realización de un proyecto, si bien en los dos casos suele haber continuación, los procedimientos son claramente diferenciados; en el mundo académico, para que haya continuación, se tiene que haber cumplido con las normas institucionales de investigación, informes de trabajo y económico y publicación periódica de trabajos (ver después Evaluación); si bien lo azaroso tiene un peso en el mundo de lo aplicado (puede haber o no presupuesto de investigación), la continuidad de la relación se define, en general, no porque el trabajo haya sido realizado “correctamente” (y aun brillantemente) sino porque haya resultado útil al “propietario del problema”. Esa es la condición ideal para que, al menos, exista la voluntad de recontractar al equipo de investigación.

- **Evaluación:** nuestros proyectos de investigación académicos son evaluados por “expertos”, colegas de similar o superior jerarquía que el director, quienes determinan tanto la eficacia técnica como la administrativa. Se trata, por lo tanto de un sistema de evaluación *interna* al mundo académico. En el mundo de lo aplicado puede ser que intervenga algún colega, pero la evaluación definitiva, la que –en caso de que haya continuidad del problema y presupuesto disponible- decide la continuidad del trabajo es la del “propietario del problema”. En estos casos puede tratarse de alguien que lo ignora todo acerca de la investigación social y que aceptó al equipo de investigación por recomendación o antecedentes; él es quien dirá si los resultados del trabajo le resultan útiles o no.

Como se ve, las diferencias entre la investigación académica y la aplicada son, en una primera mirada, burocráticas en el sentido no peyorativo del término: se trata de diferentes modos de administrar las solicitudes y los recursos de investigación. Sin embargo, creo que lo que se pone en juego son los modos de cómo interactúa la institución investigadora con el exterior de ella. Esos matices de interacción generan, a mi entender, tanto fuerzas como debilidades acerca de las cuales es necesario reflexionar.

Supongo que es evidente el hecho de que se viene preparando la situación como para establecer un análisis de simetrías y complementariedades entre los campos de desempeño

“académico” y “aplicado”. Espero que, en el despliegue de esa posición haya quedado en claro que no se trata solamente de una especie de transacción política que intenta articular lo inarticulable. Desde un cierto punto de vista, que parcialmente comparto, no se puede unir lo que la vida social ha separado pero, en la tarea de análisis, siempre es necesario en algo torcerle la mano.

Me parece que el componente clave es la **temporalidad** de las investigaciones. La sujeción, siempre *externa* a la propia investigación, de ésta con respecto a tiempos, ya sea académicos, con su cadencia administrativa propia, ya sea social, con sus urgencias imposibles de controlar por los actores sociales, rigen de tal modo la tarea en los respectivos campos que, en principio, harían imposible algún punto de integración. Pero creo que es necesario, y posible, instalar un momento lógico previo que permita comprender los resultados de la secesión así descrita.

En términos generales la investigación académica corre el riesgo de ser “endogámica” por el mismo movimiento por el que la investigación aplicada es, por definición, “exogámica”³. Es decir que lo que está puesto en juego, y se comprenderá rápidamente, no es un tema menor dado que se trata de las relaciones de la tarea específica de investigación con su demanda. En ese núcleo vincular quisiera poner énfasis en la mirada para extraer ciertas características específicas que me parecen esenciales.

Veamos las fuerzas de la investigación académica. En primer lugar, la *amplitud* de los objetivos. Por ejemplo, en el Centro de Estudios Agroalimentarios (CeAgro) se realizan estudios acerca de los cambios en las tendencias alimentarias⁴. Se trata, sin ninguna duda, de un tema clave para el conjunto de la producción de alimentos del país, sin embargo, a pesar de que he trabajado en el campo aplicado para fabricantes de productos como leches, galletitas, yogures, carnes, bebidas alcohólicas o no alcohólicas, cereales, sopas, helados, etc., nunca se me encargó un estudio de esas características; una de las características de la institución universitaria, amasada conflictivamente desde la Edad Media, es que permite la generación de módulos de investigación (investigadores/temas) cuyo desempeño puede ser “infinito”.

Otra fuerza que tiene la investigación académica es la obligación de *auto referencia*, entendida como procedimiento “espiralado” de descripción del propio trabajo (los nuevos avances se inscriben sobre los propios avances previamente documentados). Más allá de

que se haga o no, la trayectoria de un investigador académico puede ser seguida año tras año, por ejemplo, en sus publicaciones. En ellas, el investigador debe ir dando cuenta, de ser necesario, de los cambios de su posición en relación con el avance de su trabajo. Es decir, que el desenvolvimiento del conocimiento sobre un problema, y el del problema mismo, puede ser comprendido en profundidad.

Por el lado de lo aplicado, una fuerza es la *concreción* de cada proyecto. Es difícilmente concebible que un actor social (insisto, puede ser una empresa, una ONG o un organismo internacional) gaste dinero en una actividad que no es propia, como la investigación, pudiendo usar el tiempo y el dinero para cualquier actividad específicamente relacionada con ella.

Ese esquema de trabajo posibilita una administración racional de recursos y tiempos⁵. No se está planteando aquí una racionalidad genérica (por supuesto que los investigadores académicos y su trabajo son, en general, racionales), sino que esa racionalidad surge de una *transacción* entre las urgencias de los ritmos sociales y los tiempos necesarios para la realización del trabajo. Si bien un equipo de investigación trabajando “a las corridas” corre un gran riesgo de caer en errores, es evidente que el entrenamiento en la “respuesta rápida” es un dato a favor, y no en contra, en la evaluación del desempeño de un equipo.

Resulta evidente que la descripción de las fuerzas de cada campo de trabajo, dibuja en hueco sus debilidades. Así, la investigación académica, corre el riesgo de una excesiva abstracción y lentitud que la descoloque frente a las reales necesidades sociales y la investigación aplicada corre el riesgo de “comenzar de cero” cada vez que algún actor social posa la mirada sobre un fenómeno, que recién descubre, pero que puede tener acumulados años y años de investigación previa (tanto en el campo académico como así también en el aplicado).

2. El desenvolvimiento actual de la investigación aplicada

Comencemos con un sinceramiento: el trabajo actual dentro de la investigación aplicada se basa, en un porcentaje importante, en modelos y metodologías que comenzaron a construir los autores considerados clásicos cuya aplicación se expandió en la década del '40 del siglo

XX. Es decir que trabajamos, en general, con métodos probados que resuelven los problemas para los que fueron formulados de la manera en que fueron formulados.

En el contexto de la “crisis de los paradigmas” que afecta a las ciencias sociales, la eficacia de esos modelos y métodos están puestos en discusión. Un punto conflictivo vigente, tanto en el campo académico como en el aplicado, es si estamos frente a fenómenos nuevos que requieren nuevos enfoques o si, por el contrario, son los nuevos enfoques los que permiten la circunscripción, observación y estudio de fenómenos de prolongada presencia.

Más allá de la importancia de la controversia –que es imposible de resolver, según creo, desde un enfoque generalista—me voy a colocar aquí en una posición equidistante: el fenómeno de la segmentación que, desde hace un par de décadas preocupa en marketing y opinión pública se trata de un fenómeno coexistente con la vida social dado que aún en las generalmente pequeñas sociedades mal llamadas “primitivas” se encuentran grupos diferenciales en términos de hábitos, desempeños, actitudes, etc. En la preocupación por la segmentación nos encontramos, entonces, con nuevos problemas y enfoques que iluminan una parte de la vida social preexistente⁶.

El fenómeno de los hipermercados, en cambio, aparece como un fenómeno claramente novedoso. Además de la copresencia de una oferta de productos que excede ampliamente cualquier capacidad de planificación y consumo, se produce una interacción entre “comunicación” y “decisión de compra” inédita. En efecto, un individuo (que se trate de un grupo sólo amplía geométricamente la complejidad de lo que vamos a describir) se encuentra, en el momento de la decisión de compra de algún producto, sometido, con la sola condición de que camine unos metros frente a una góndola, a una variadísima oferta de ese producto de distintas marcas, algunas de ellas desconocidas para él hasta ese momento, con sus respectivos logotipos y envases, en distintos tipos de presentaciones y, lo que no tiene una importancia secundaria, con sus respectivos precios; estamos frente a una especie de pauta publicitaria extensa en oferta y pobre en discurso, en la que cada marca debe justificar su precio (lo que generará el pago que cierra el acto de compra) con el soporte solamente del diseño y la palabra del envase, sin la fuerza persuasiva del discurso publicitario o de la palabra del vendedor.

Descrita así la escena de compra en hipermercado, y teniendo en cuenta la importancia que ese canal de comercialización ha cobrado en la vida de prácticamente todos los

productos de consumo masivo, se entenderá mejor esa discrepancia que encontramos entre el discurso ensayístico que —aprovechando la siempre vigente diferenciación de Eco— *apocalíptica* o *integradamente* anuncia el mandato de las grandes compañías multinacionales sobre la nueva etapa de la globalización y el discurso interno dentro de esas compañías donde cada vez se escuchan con más fuerza aseveraciones sobre la “tiranía del consumidor o del canal”.

Esa observación, relativamente lateral, nos permite contextualizar, aunque más no sea superficialmente, la descripción de dos de las fuerzas que están actuando sobre el trabajo dentro de la investigación aplicada y que vamos a denominar como las de la *predicción* (determinar, acerca de un nuevo producto, por ejemplo, no sólo si será exitoso o no, sino *cuántas unidades se van a vender*) y las del *realismo* (cada vez más, los fabricantes quieren ver cómo hablan y opinan, pero también cómo compran y cómo usan sus productos los consumidores a los que deben conquistar).

Lo primero que debemos notar es que son dos fuerzas, en principio, contradictorias. Predecir implica la construcción, mirando hacia el futuro, de un escenario inexistente en la actualidad en alguno de sus aspectos. El realismo, en cambio, requiere la reconstrucción de un existente hasta en los detalles, siguiendo a Barthes, excesivos con respecto a los objetivos de la reconstrucción.

Por supuesto, la búsqueda de la predicción y del realismo son fuerzas que están presentes en el desarrollo del conjunto de las ciencias sociales: los primeros antropólogos de los estados coloniales no eran enviados a remotos territorios solamente para informar acerca de qué ocurría sino para hacer sugerencias acerca de cómo actuar para que las cosas fueran mejor. Si el cuadro debía ser realista para su comprensión, que las predicciones fueran medianamente aproximadas formaba parte seguramente de la evaluación. Veamos cómo actúan estas fuerzas en la actualidad.

Las técnicas predictivas de volumen son algo así como el sueño de todo planificador de acciones sobre la sociedad: determinan la *cantidad* de acciones de cierto tipo (por ejemplo unidades que se van a comprar de un producto) que se van a producir frente a un cierto estímulo que se presenta a la sociedad. Dado el escaso contacto que se suele tener con este tipo de técnicas, quiero afirmar taxativamente que estas técnicas, al menos las que yo

conozco y he aplicado, *funcionan*; es decir, predicen con un margen de error muy aceptable lo que efectivamente va a ocurrir.

Si bien es obvia la importancia comercial de este tipo de resultados (piénsese en lo que implica contar con ese dato en el momento de decidir la inversión en un nueva planta o línea de fabricación o en una gran campaña publicitaria), no hay nada en el diseño de las técnicas predictivas que impida aplicarlas (con ajustes equivalentes a los que deben hacerse si se estudian productos no durables o durables) a fenómenos sociales como cantidad de vacunas o medicamentos de cierto tipo que serán demandadas, uso de servicios domiciliarios y/o urbanos, votos a emitir en una elección y distribución de los mismos, etc.

Ahora bien, cuando comprendí el funcionamiento de las técnicas predictivas, fascinado por las posibilidades de su aplicación y su importancia para el desarrollo de las ciencias sociales, rápidamente me ganó el desasosiego por el escaso espesor teórico de su soporte. En efecto, más allá de su complejidad y precisión metodológicas, poco se puede decir además de que “los individuos reaccionan frente a los nuevos estímulos de manera parecida a como reaccionaron frente a estímulos equivalentes”; es decir, que la fuerza metodológica de estas técnicas se soporta en la acumulación de saber empírico previo y no en la riqueza de algún modelo teórico sobre el comportamiento social.

En cuanto al realismo, se traduce en un enunciado equivalente a “para entenderla, debo ver con mis propios ojos la realidad”. Esto se constata, por un lado, en la expansión de la presencia de quien contrata la investigación observando el desarrollo de, por ejemplo, grupos de discusión con consumidores y hasta haciendo ellos mismos entrevistas y, por el otro, en el regreso de las técnicas observacionales aplicadas directamente sobre los individuos y los grupos sociales.

Desde ya que sólo puede elogiarse la voluntad de un operador social por estar en contacto cercano con el ámbito donde debe desarrollar su acción; es más, esa actitud debe ser recomendada pero de ella devienen problemas.

En primer lugar, el hecho de que contratante y contratado, tengan acceso al mismo tipo de material que será sometido a análisis, genera una tensión entre los modelos de análisis – explícitos o implícitos—puestos en juego para establecer las conclusiones. Es la típica

discusión entre lo que efectivamente “se dijo” o “se vio” y las interpretaciones que pueden hacerse de esos hechos o palabras registrados.

Por otro lado, se ha observado frecuentemente, que las metodologías observacionales – llámense etnografía, microsociología o etnometodología—ricas en el momento de la “construcción y descripción de objetos” son pobres en el momento de la explicación por la falta de articulación con modelos “macro” acerca de lo social. Me parece que es una afirmación discutible, y no del mismo modo para las distintas perspectivas y para diferentes autores, pero es verdad que un autor que me resulta fascinante como Erwin Goffman resulta difícil de “ser aprendido”; pasar de la complejidad de un modelo como el del interaccionismo simbólico de Mead a la dureza de un dato empírico, como el comportamiento de un médico, con resultados útiles para el conocimiento, requiere el recurso a habilidades como las de la “obsesividad”, la “perspicacia” y la “creatividad” cuya inclusión, como sabemos, resulta conflictiva dentro de los juegos de lenguaje científico y/o didáctico (“lo que natura non da, Salamanca non presta”).

Con respecto a todo esto, el punto que me interesa destacar es que la “crisis de los paradigmas” en las ciencias sociales y sus modelos teóricos, no es sólo una cuestión de “clima de época” cuya mención nos sitúa como cómodamente actualizados frente a eso que se denomina *postmodernidad*, sino que se vivencia en el ejercicio más cotidiano de nuestro trabajo.

3. Enfoques

Sea porque la realidad cambia, sea porque cambian los modos de estudiarla, los principios establecidos se conmueven y todavía no se ve claramente cómo van a ser reemplazados. Un tema, aquí también, es si se conmueven los cimientos que constituyen un cierto estadio de lo científico o si sólo lo hacen los verosímiles. Tomando como ejemplo la observación (participativa o no) de un tipo de acción social cualquiera: mil observaciones ¿resultan en un estudio *cualitativo* o *cuantitativo*? En términos generales, a la observación se la considera incluida entre los estudios cualitativos pero si quisiéramos hacer un informe acerca de los resultados de tal masa de datos, sería indispensable recurrir a alguna metodología estadística.

A mi entender, y más allá de los esfuerzos de formalización, la oposición cualitativa / cuantitativa queda atrapada en el mundo de los verosímiles que reparte objetos, metodologías e incumbencias profesionales. Así la investigación cualitativa debería ser realizada por psicólogos y la investigación cuantitativa por sociólogos con formación estadística; más allá de que no es verdad que todos los cualitativistas son psicólogos y los cuantitativistas sociólogos, los especialistas en “observaciones” ¿qué serían? ¿etnometodólogos? ¿microsociólogos? ¿Estarían dentro del área cualitativa o, en el caso de las mil observaciones, en el área cuantitativa? Se trata, en realidad de “enfoques”, *micro* o *macro*, dependiendo de que se hagan unas pocas o muchas observaciones.

En cuanto a la *escala* del objeto de estudio (si debe privilegiarse un enfoque *micro* o *macro*), nadie ha planteado mejor el problema que Lévy-Strauss⁷. En su perspectiva, según la *extensión* de los objetos a investigar, se utilizan dos tipos de modelos: modelos *mecánicos* o modelos *estadísticos*.

En un modelo *mecánico* el estatuto de lo observado está en el mismo nivel del enfoque del observador; esta perspectiva es típicamente etnográfica porque se trabaja sobre sociedades de poca extensión en las que se puede tomar fácilmente un punto de vista desde donde se pueda ver toda la sociedad en su conjunto: la aldea, los movimientos de los individuos, cómo se prepara una comida, quién caza, quién teje, quién cultiva, etc.

En cambio, en otros casos, la extensión del fenómeno es tal --por ejemplo, el de nuestra sociedad-- que no hay observador que pueda observar el conjunto; en esa circunstancia, sólo se pueden observar *fragmentos*⁸. Aparece, entonces, toda la problemática de cómo un fragmento representa al conjunto; en términos técnicos, debe resolverse cómo una *muestra* representa a un *universo*. Esta relación entre *muestra* y *universo* es clave en la constitución misma de una línea de investigación y mi opinión es que **es la elección del modelo mecánico la que conduce la investigación y no al revés** como suele creerse entre nosotros; es decir, constantemente debemos confrontar (lo hacemos aunque sea inadvertidamente) nuestras hipótesis *macro* con nuestros hallazgos *micro*⁹. De no hacerlo así corremos el riesgo de repetir infinitamente los presupuestos dictados por un verosímil ajeno a nuestro trabajo de investigación (esos verosímiles *estadísticos* pueden estar ligados tanto a fenómenos estilísticos de época como la “postmodernidad” o a complejas costumbres sociológicas como las de la “alimentación”).

Esta tensión entre lo mecánico y lo estadístico influye y debe ser tenida en cuenta tanto en el campo *académico* como en el *aplicado*. En este último caso, al no tener en cuenta las diferencias entre modelos de observación, alguien puede pensar, como ocurre, que es posible influir con el cambio del diseño de un envase de yogur (modelo estadístico: “en la góndola se define el acto de compra”) en problemas que exceden ampliamente las posibilidades de ese nivel de intervención como el del envejecimiento de una marca, la cercanía afectiva del consumidor con el local donde hace sus compras o, peor aun, un cambio de tendencia alimentaria.

Una vez ordenado el campo desde un punto de vista conceptual –en el ejercicio de nuestro trabajo seguiremos utilizando durante mucho tiempo la oposición entre *cuali* y *cuanti*— corresponde que veamos si es posible introducirnos en el juego entre la predicción y el realismo. Para ello propongo que solicitemos la ayuda de la Semiótica.

El lugar de la Semiótica entre las ciencias sociales como disciplina que estudia “la vida de los signos en el seno de la vida social” es curioso. En el marco de lo que, desde hace ya bastante tiempo se ha dado en llamar el “giro lingüístico” dentro de las ciencias sociales y humanas –y en el que se agrupan autores tan disímiles como Wittgenstein, Heidegger, Lévy-Strauss, Austin, Foucault, etc.—la Semiótica ocupa lugares diferentes y tiene diferentes grados de desarrollo según los países a pesar de que el discurso sociológico, el de las ciencias políticas, el del psicoanálisis y las distintas psicologías están llenos de, precisamente, análisis de signos y discursos. Se ha producido una especie de respuesta reactiva frente a lo que se denominó a fines de los ’60 como “imperialismo semiológico” al que, más que discutirlo, se lo ignora mientras en realidad, aprovechando la negación, se ejercen tareas de rapiña sobre su saber acumulado.

Si las ciencias sociales estudian *objetos*, *acciones* y *textos* producidos por agrupamientos humanos y los modos como se vinculan esos fenómenos con el conjunto de la vida del agrupamiento, nadie discutiría que la Semiótica tiene como objeto específico la vida de los textos. Desde que Barthes (1970) presentó su clásico artículo sobre retórica de la imagen, en el que ejemplificaba con el envase de las pastas Panzani, se han multiplicado las publicaciones acerca de publicidades y envases. El límite para su utilización –tanto a nivel *académico* como *aplicado*-- no es el cuestionamiento general sobre su eficacia sino el privilegio de un modo de estudio de lo publicitario que privilegia el *resultado* entre los

receptores de la exposición a los estímulos y, a lo Lazarsfeld, la consideración del estímulo como *caja negra*.

Pero la Semiótica no se ha dedicado solamente al estudio de textos en sentido estricto. Durante los '60, autores como Maltese (1972) se preocuparon por estudiar a los objetos como portadores de estructuras de significación, tanto en sí mismos, como vinculados a las prácticas estéticas. Más cerca de nuestro tiempo, en los '80, semiólogos como Verón y Floch produjeron trabajos muy interesantes a partir de la observación de *acciones* de recorrido —de un museo y del subterráneo, respectivamente—construyendo tipologías de uso del espacio que, desde su formación en estudios de textos, se inscriben claramente en una perspectiva microsociológica (es innegable la importancia de estos estudios para aplicar ese enfoque a, por ejemplo, estudios de comportamientos frente a góndolas de supermercados).

Por último, autores como Grayson, K. & Shulman D. (2000), procuran aprovechar el conocimiento generado desde la Semiótica (en su caso las tipologías de signos desarrolladas por Peirce, entendidas como patrones cognitivos de organización del mundo) para codificar preguntas abiertas, incluidas en cuestionarios de investigación cuantitativa. La tarea de codificación de respuestas a preguntas abiertas (del tipo ¿por qué se dio cierta evaluación en una escala cerrada?) es una tarea delicada que, en realidad, nunca debería escapar a una mirada semiótica (una respuesta a tener en cuenta, desde visiones estadísticas, es el desarrollo de softwares de procesamiento de textos que, por ejemplo, cuantifican la emergencia de elementos lexicales).

Pero me parece que la Semiótica —en ese marco, que describimos superficialmente, de crisis de los paradigmas—puede hacer todavía un aporte más profundo y estratégico. Para ello debemos recordar previamente que Verón ha definido a la *semiosis social* como “la dimensión significativa de (*todos*) los fenómenos sociales”. Es, como se ve, una dimensión macro equivalente a las de *sociedad* o *comunidad* realizadas desde la sociología o la antropología; en este sentido, la definición resuelve todos los conflictos entre disciplinas y ordena las incumbencias: dado que todo objeto, acción o texto, y todas las relaciones entre ellos, adquieren su sentido social en tanto que están incluidos en la semiosis social, desde esa perspectiva, la Semiótica está en condiciones de estudiar cualquier fenómeno y no sólo

los “exclusivamente” textuales; y, en esos estudios, además, puede poner en cuestión algún realismo “inocente” y aportar algo acerca de, por ejemplo, la posibilidad de predecir.

4. Semiosis y consumo: un caso

Para desarrollar lo que quiero decir, sin poder extenderme en muchas explicitaciones teóricas, voy a partir de un caso en el que tuve la suerte de participar. Hace unos años, dirigí el Plan de Investigación para el Dimensionamiento del Mercado actual de Pescados / Mariscos Frescos y Vías Comunicacionales para su Expansión en Centros Urbanos encargado por la Subsecretaría de Pesca en el marco del Programa de Modernización de los Servicios Agropecuarios (PROMSA), Componente Desarrollo Pesquero.

Desde el título se ve, en primer lugar, que era necesario incorporar modelos *mecánicos* y *estadísticos* y que se indagaría un tema como el de la carne —del que muchos de los lectores deben saber más que yo— del cual se conoce su importancia en la cultura en general (Fischler: 1995) y en la de la Argentina en particular.

Para la indagación extrapolamos una clasificación de principios de organización de lo discursivo que, originalmente, Steimberg y Traversa (1980) habían establecido para determinar la relación existente en los sujetos con respecto a los textos teniendo en cuenta las condiciones para el reconocimiento de los existentes como para la producción de nuevos.

Traducidos a nuestros objetivos de investigación esos principios quedaron establecidos como:

- Soporte mítico: comprende las articulaciones de la materia prima a utilizar para la constitución de un plato (en nuestro caso, principalmente las carnes) con clasificaciones y jerarquizaciones conceptuales preexistentes, aunque no necesariamente manifiestas, en el público.
- Soporte estilístico: se refiere a las conexiones “formales” que permiten vincular materias primas con menús o dietas para la producción de series de platos.

Éramos conscientes de que, dado que en realidad íbamos a trabajar solamente con textos acerca de objetos y acciones y no con observaciones de acciones sobre objetos (palabras de

individuos que decidían platos en el hogar y, además, íbamos a tener en cuenta palabras de especialistas como chefs o nutricionistas), no debíamos confundir el estilo de vida (acciones y objetos) con el estilo discursivo (textos) entre los cuales es habitual encontrar dislocamientos y problemas de “falsa conciencia” (Fernández:1995).

Una de las preguntas claves a responder en la investigación era: ¿por qué un país con grandes recursos pesqueros como la Argentina consume relativamente poca carne de pescado? Dejo de lado aquí los múltiples niveles que llevan a la decisión de la compra de un producto alimentario en lugar de otro y a la decisión acerca de un menú en general, y un plato en particular, para enfocarme en la cuestión del pescado como carne en tanto que materia prima sometida a un entrecruzamiento mítico-estilístico para situarla entre el conjunto de las otras carnes y, especialmente, como es obvio en nuestro país, con la vacuna¹⁰.

En efecto, el pescado --y en mayor medida todavía los mariscos-- tienen una escasa participación en nuestros hábitos alimentarios y una de las causas principales de esta situación es el fuerte arraigo alimentario-cultural que tiene la carne vacuna para los argentinos. Ella constituye un genérico, no sólo de lo que habitualmente se nombra como carne, sino también de la parte sustancial de la comida o plato principal. Como materia prima ofrece infinitas posibilidades: todos los platos que las amas de casa han aprendido de sus madres y preparan para sus familias. Se presenta en variedad de cortes que tienen nombres diferenciados: peceto, bifés, cuadril, paleta, etc.

Por tradición, en un largo proceso de acumulación de experiencia, la variedad de cortes se corresponde con la variedad de los platos que permite preparar: bife, milanesas, asado, guiso, al horno, para salsas, para puchero, etc.

Además de esta fuerte inserción en la vida de todos los días, la carne tiene una significación muy fuerte que enraíza en la tradición, la cultura y en la propia identidad nacional. Es el consumo privilegiado de un país que se autoconsidera ganadero como el nuestro y se trata, por lo tanto, de una carne privilegiada: mejor y más rica en comparación con la de otros países; es decir, que define un rasgo diferencial de lo que pueda considerarse una identidad nacional.

El asado, a pesar de que se lo consume en mucha menor medida de la importancia mítica que se le otorga, condensa muchas de estas significaciones, ya que puede definirse como comida nacional, al tiempo que realimenta ese ritual compartido con otros, que implica realimentar, al mismo tiempo, la identidad en cada uno de los que lo comparten.

Como vemos, en este sentido, la carne vacuna presenta un grado interesante de articulación de la polaridad naturaleza-cultura porque implica un proceso de mediatización, que si bien parte de la naturaleza, teniendo como referente a la vaca, sería una naturaleza muy elaborada, muy marcada por el proceso de culturalización y que se presenta bajo la forma de los cortes con nombre propio. Eso es lo que la **vaca nos da**: la bola de lomo, la tira de asado, el peceto en un sentido muy próximo a cuando decimos que la vaca **nos da** la leche.

Mientras el alto grado de incorporación, tanto práctica como simbólica, de la carne ha producido un fenómeno de borramiento o de negación del proceso de industrialización, cuyo resultado es que la percepción de la carne en su estado "natural", fresco, sea la que encontramos en las carnicerías bajo la forma de sus variedades de cortes, el pescado, en cambio, carece de esas formas simbólicas de representación que vuelvan confiable la transformación de ese cadáver --que el pescado es una vez fuera del mar--, en la materia prima confiable para la elaboración de las comidas.

Por ello, el pescado es fobígeno, "da impresión", especialmente el pescado entero y la forma preeminente de consumo es el filet, y en particular, el de merluza que es el más difundido. Es claro además, en este caso, su incorporación sobre el modelo de la milanesa y puede presuponerse que la vía de ampliación de su consumo sea posible en gran parte, como se está haciendo, mediante el trozado con formas que resuenen a las de otras carnes (hamburguesas, medallones, lomos, etc.) y la incorporación a platos también previos (frituras, guisos, cocidos, caldos, etc.)¹¹.

Este modelo convive con otro muy extenso y tradicional, aunque con menor peso numérico, que contradice al que vengo describiendo, que es el de la exposición del cadáver (la media res asada con su cuero, el pollo, el cerdo, el chivito y el pescado enteros) ligado al fuego directo del que deben presuponerse otros soportes míticos y estilísticos¹².

Como se ve, desde esta perspectiva, se articulan las imágenes de los animales y sus contextos de vida (esas vacas que vemos en el campo sin distinguir en ellas el lomo que

comeremos o esos pescados que nos observan con sus muertos ojos abiertos en la banquina de algún puerto pero que no podemos expulsar, por agrado o por asco, de lo alimentario), con las de las materias primas para los platos (con o sin indicaciones acerca de su estatuto de cadáver) y la compleja palabra de los usuarios, influida por la de la familia y la de los especialistas mediatizados.

Establecidos --desde lo mecánico-- esos dos modelos, la incorporación de lo estadístico dará cuenta de su extensión (qué porcentaje de la población se ubica en uno de los modelos y, si los alterna, con qué frecuencia ejercita cada uno). Debemos tener en cuenta que las conclusiones estadísticas no sólo determinan “pesos” sino que también construyen modelos del conjunto --o de un sector amplio-- de la sociedad. En esa articulación entre modelos mecánicos y estadísticos puede entenderse, tanto la importancia del asado --más cultural que alimentaria-- como la necesidad de espacios específicos para las carnes (trasplantes a los hipermercados de espacios de “carnicería” y “pescadería”), que conviven con góndolas de refrigeradas, para “mediar” entre universos tan diferentes y conflictivos.

Lo importante aquí es destacar que el conocimiento de esos estilos de procesamiento social de las carnes, las industrias, los discursos y los platos (soportados en los respectivos campos míticos) sirven para “predecir” resultados de acciones sociales comprendiendo el funcionamiento íntimo de la acción y del contexto en que se va a insertar. Se dirá, del mismo modo que lo permite el conocimiento de costumbres fijadas (*patterns*) o de perfiles psicológicos, pero --más allá de que, recordemos, esas categorías generales son puestas en crisis o, al menos, usadas con desconfianza-- me parece que hay una diferencia de estatuto que vamos retomar en nuestras conclusiones.

5. Conclusiones: la exposición del verosímil

Como decía en un principio, no pienso que los puntos recorridos hasta aquí sean los únicos a tener en cuenta pero me parece que son imprescindibles para reflexionar sobre el conjunto de la actividad de investigación académica, sus fuerzas y sus debilidades.

Una primera conclusión es que observando con cierto detenimiento esas complejas maquinarias sociales, a las que hemos denominado investigación “académica” y “aplicada”, las diferencias entre ellas no surgen de diferencias, por denominarlas así,

“profundas”. Quiero decir con esto que, si los componentes básicos del trabajo de investigación social son las teorías, las metodologías, los objetos estudiados y los profesionales que hacen el trabajo, se trata de un mundo único aunque con matices internos en ambos campos. Las diferencias parecen encontrarse en las “costumbres” de trabajo, es decir, en lo que siguiendo una larga tradición, sólo podemos llamar “condiciones de producción”, aun en el sentido más chato del término, que puede describirse como “condiciones de fabricación”.

Desde allí, se ve claramente la complejidad de nuestro trabajo como investigadores de la sociedad: obligados a tener una palabra “fría” sobre la vida social de la que formamos parte, esa misma condición, ese mismo ejercicio, nos convierte en engranajes de mecanismos que tienen vida propia. Se dirá que este modo de funcionamiento social no es exclusivo de la investigación social, y es verdad; pero también es verdad que en este campo se nota especialmente que se nos demandan posiciones de sujeto social claramente contradictorias: ser, al mismo tiempo, el ingeniero que diseña la fábrica y el obrero que la mantiene en funcionamiento. Estamos obligados, por lo tanto, a observar y a observarnos como a quienes observan. Se trata, pensada como situación individual, de una circunstancia constitutivamente esquizoide. La cosa es distinta cuando se inscribe la situación individual en una *trama* más o menos institucional. El procedimiento utilizado, desde los diálogos platónicos, pasando por las justas retóricas de la Edad Media, hasta la estructura actual de Congresos o eventos similares (no pretendo asimilarlos más que en esto) es la confrontación de posiciones: cada uno mira lo que hace el otro mientras muestra lo que hace uno; ¿cuántas veces nos ha pasado que hemos descubierto el valor de algún aspecto de nuestro trabajo a partir de críticas inmisericordes?

Es en ese marco, cuya falta nos condena a un autismo repudiable por sociocultural y no como sintomatología individual, que pretendo sugerir algunas líneas de acción --no con el afán de dejar de hacer cosas que ya se hacen (no me siento autorizado para ello)-- sino para agregar o ampliar ciertas actividades. Entre ellas: profundizar el estudio de la agendas de investigación; discutir "nuevos temas a investigar" y no sólo resultados de investigación; aumentar en el ámbito académico la presencia de la evaluación externa, de “propietarios de problemas, generando proyectos con tiempos y costos *ad hoc* además de los que

corresponden a los cronogramas habituales. Todo esto sirve para poner en cuestión los verosímiles en los que estamos inmersos.

Pero en este plano es donde la Semiótica –al menos aquella en la que me considero incluido-- tiene valor, más allá de la disciplina profesional que se practique. Cuando observo una costumbre o un perfil psicológico (en general prefiero hablar de perfiles neuróticos pero sería necesario introducir aquí otras discusiones) puedo decir, por procesos identificatorios, “soy así” o “soy de otra manera” pero ninguna de esas afirmaciones pone en cuestión ese marco de referencia al que hemos denominado “verosímil”. Si puedo decir, en cambio, “ése es un modo de funcionamiento social en el que estoy, o no, incluido” es porque reconstruí el modo de funcionamiento social de una manera equivalente a lo que describimos como “semiosis social” (como se notará la denominación es secundaria) y ese “yo” incluido en el grupo observado es sólo parcialmente el que habla quien es en realidad (también parcialmente) un “otro” sostenido, no por su biografía (ni siquiera por su inteligencia), sino por una trama de saberes que, como quiere Fabbri (1999), articule el trabajo empírico de observación, la metodología, la teoría y la epistemología.

Lamento no haber podido desarrollar más aquí la diferenciación entre “estilo de vida” y “estilo discursivo” pero a pesar de ello quiero señalar que los estilos, cuando están bien aislados y descriptos, actúan como matrices inadvertidas de la repetición necesaria para la constitución de la vida social. En este sentido, y como vimos, este enfoque permite incorporar criterios de explicación y predicción que nos guíen entre la bruma de la crisis de los paradigmas sin desplomarnos en el retorno a la “observación inocente” o, lo que es peor, a no poder situar nuestra posición en esas matrices de repetición dejando que, no conscientemente, nos devore el verosímil.

Notas

-
- ¹ Un desarrollo mayor sobre este punto en Fernández (1999).
- ² Otro aspecto de funcionamiento del verosímil: los investigadores “saben”, aunque no lo digan, que no pueden solicitar “cualquier” monto.
- ³ A pesar del riesgo de citar con estos términos a la inevitable vida amorosa que se desarrolla en todo campo de desempeño social, prefiero esta remisión a la *filiación* --pertinente, como se verá, con respecto a las características que describo a continuación—en cambio de otras, como por ejemplo los pares *endógeno* – *exógeno* o *centrífugo* – *centrípeto* que, por su proveniencia de las ciencias naturales confundan con un exceso de positivismo que el conjunto de este trabajo no puede soportar.
- ⁴ Otras preguntas interesantes para hacerse con respecto al funcionamiento de los verosímiles: ¿Por qué el CeAgro funciona en Ciencias Agrarias y no en Ciencias Sociales? ¿Por qué, al ser invitado a dar una conferencia aquí descubro que entre 40 asistentes, la mitad son alumnos de Ciencias Agrarias pero la otra mitad son de Ciencias Sociales? ¿Por qué los estudios de cambios en las tendencias alimentarias no se producen desde aquellos que se dedican a enfermedades vinculadas con la alimentación, como la bulimia y la anorexia?
- ⁵ Por supuesto que, por un lado, todo trabajo puede estar “bien” o “mal” hecho, por gente responsable o irresponsable, etc. Además, existen condiciones muy particulares del trabajo efectivo de investigación que hacen que un acortamiento del tiempo implique un aumento relativo de los costos y ese cálculo, de *eficiencia*, no de *eficacia*, puede también estar “bien” o “mal” hecho.
- ⁶ Es interesante el paralelismo que se observa entre la noción de *segmento* y la de *minoría*, más utilizada en el campo académico para reemplazar al de clase social. Mientras ésta última es una noción de estructura socioeconómica, segmento y minoría remiten a actitudes, costumbres, ideologías, que atraviesan otros modos de agrupamiento. Es curioso que una minoría sea, por ejemplo, la de las mujeres (Deleuze: 1996).
- ⁷ Lévy-Strauss, C. "La noción de estructura en etnología". En: *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1977
- ⁸ Utilizo la noción de *fragmento* en el sentido en que lo hace Calabrese (**Calabrese, O.** “Detalle y fragmento”, en: *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra, 1987) diferenciándolo del *detalle*. En realidad se trata de un fenómeno complejo: como investigadores, muchas veces observamos *fragmentos* (no sabemos cómo se integra al conjunto lo observable) pero los tomamos como *detalles* (presuponiendo algún modo de articulación con la totalidad del fenómeno social en que lo insertamos). Desde cierto punto de vista, esto resume toda la discusión de este punto.
- ⁹ En realidad hay tres modelos *mecánicos* del intercambio comunicacional: el del *consenso*, a lo Habermas, el del par *dominante/dominado*, de larga tradición de origen, entre otros marxista, a lo Bourdieu y el que habría que denominar *fracturado*, a lo Barthes, el de la “secesión de los lenguajes” o a lo Verón, el de la fractura entre producción y reconocimiento. Podría pensarse que los tres modelos son utilizables según los objetivos de investigación o las características del objeto a estudiar. Lo que no puede presuponerse es aceptar la vigencia de alguno de ellos sin que aparezcan consecuencias en el conjunto del trabajo.
- ¹⁰ En la constitución sociodiscursiva del repertorio o sistema de comidas que hacen posible la existencia social de "un plato" intervienen fundamentalmente dos vertientes: uno de amplia generalidad, que ordena la circulación alimentaria y otro, más circunscripto, que influye más focalizadamente sobre cada plato. En el primer caso intervienen la tradición de la familia de origen, fundamentalmente la madre o algún subrogado por un lado, y los discursos de autoridad por el otro. Entre estos: los médicos en general, y los pediatras en particular, que promueven tendencias alimentarias que operan como modelos del bien comer. En la otra vertiente, encontramos la "palabra" de los "sabios" (gourmets, chefs, ecónomas), que circula a través de los medios de comunicación y la de las otras mujeres (amigas, conocidas, etc.), que se difunde oralmente.
- ¹¹ Otra línea de barreras al consumo de pescado, que no desarrollamos aquí, y parcialmente vinculada con ésta, es la de la desconfianza que genera el proceso de industrialización y enfriamiento del pescado (“el único pescado fresco es el recientemente extraído del agua”) frente a la larga tradición local de la industria frigorífica vinculada a la carne vacuna.
- ¹² Encontramos aquí la oposición entre *zoofagia* (el consumo de partes enteras e identificables de animales) y *sarcofagia* (el consumo de carne de modo que recuerde la forma del animal vivo), propuesta por Vialles, N. (Fishler: 1990; p. 127). Por supuesto, el éxito de nuestra investigación residía en describir las particularidades del consumo argentino pero no es lo que pretendo profundizar aquí.

Bibliografía citada

- Barthes, R.** (1970) "Retórica de la imagen". En: *La semiología*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- Calabrese, O.** 1987) "Detalle y fragmento". En: *La era neobarroca*, Madrid, Cátedra.
- Deleuze, G.** (1996) "Control y devenir". En: *Conversaciones*. Valencia, Pre-Textos.
- Fabbri, P.** (1999) "La caja de los eslabones que faltan". En: *El giro semiótico*. Barcelona, Gedisa.
- Fernández, J. L.** (1995) "Estilo discursivo y planeamiento comunicacional", en *Oficios Terrestres N° 1*. La Plata, Fac. de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.
- Fernández, J. L.** (1999) "Investigación académica / investigación aplicada: parecidos y diferencias entre dos verosímiles"; presentado en las *II Jornadas Académicas de Ciencias de la Comunicación: El estado del campo en las Ciencias de la Comunicación*; Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Fischler, C.** (1995) *El (h)omnívoro*. Barcelona, Anagrama.
- Floch, J-M.** (1993). *Semiótica, marketing y comunicación*. Barcelona, Paidós.
- Grayson, K & Shulman, D.** (2000) "Indexicality and the Verification Function of Irreplaceable Possessions: A Semiotica Analysis". *Journal of Consumer Research*, Vol. 27.
- Lazarsfeld, P.** (1977)"De los conceptos a los índices empíricos". En: **Boudon, R y Lazarsfeld, P.** *Metodología de las ciencias sociales Vol. I*. Barcelona, Laia, 1977.
- Lévi-Strauss, C.** (1977) "La noción de estructura en etnología". En: *Antropología Estructural*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Lévy-Strauss, C.** (1970) "Una sociedad indígena y su estilo". En: *Tristes trópicos*. Buenos Aires, Eudeba.
- Maltese, C.** (1972) *Semiología del mensaje objetual*. Madrid, A. Corazón Ed.
- Metz, C.** "El decir y lo dicho en el cine: hacia la declinación de un cierto verosímil?", París, Communications 11, Seuil, 1968 (Traducción de O. Traversa).

Páez, A. “El problema de la verdad en Austin” (1980). En: *Políticas del lenguaje*. Buenos Aires, Atuel, 1996, p. 79.

Steimberg, O. y Traversa, O. (1980). "El momento del Plan en los Medios: un tema técnico". En: *Lenguajes 4*. Buenos Aires, Tierra Baldía.

Verón, E. (1987) *La semiosis social*. Buenos Aires, Gedisa.

Verón, E. (1999) “Museos”. En: *Efectos de agenda*. Barcelona, Gedisa.